



EL CAUTIVO DE TARRAGONA.

NUEVA RELACION, EN QUE SE DECLARA como los moros cautivaron à un principal caballero de la ciudad de Tarragona, à su esposa y una hija, con otros: refierense los trabajos que padecieron; y como la señora y su hija, con algunos cautivos, lograron la libertad, quedando allà el caballero.

PRIMERA PARTE.

Salga de mi ronco pecho
la voz con dulce armonía,
noticiése por el orbe
de este caso la noticia.
En la ilustre Tarragona,
ciudad populosa y rica,

un principal caballero
de noble sangre vivía,
con su esposa y una infanta,
tan discreta como linda,
siendo muy firmes devotos
de la aurora esclarecida,



y del ángel de la Guarda,
à quien humildes pedían,
que de Dios les alcanzáson
lo que mas les convenia.
Sucedió pues que Don Juan
en la ciudad de Almería,
un hermano sacerdote
de grande virtud tenia.
El cual dispuso unas pascuas
ir con toda su familia
á visitarlo, porque
muchas veces lo pedia.
Finalmente se embarcaron
con gran gozo y alegría,
cuando dos fragatas turcas
dieron con la navecilla;
cogieronlos: qué dolor!
donde al punto determinan
venderlos, y un moro rico
que de otras tierras abia,
compró à Doña Beatriz,
y à la hermosa Catalina,
quedando solo Don Juan,
que el alma se le partia
de dolor y sentimiento,
y con gran pena decia:
à Dios, esposa del alma,
à Dios, hija de mi vida,
espejos en quien mis ojos
amantes se divertian.
Ya se acabó mi recreo,
mi placer y mi alegría;
hágase la voluntad
de Dios en todo cumplida.
Llevaronlas allá à Tunez,
que es donde el amo vivia
que las compró, y estuvieron
seis años y algunos dias,
padeciendo en su poder
penas, ansias, agonias,

injurias y vituperios
de aquellas gentes malignas,
trabajando como esclavas,
lo que jamás hecho habian.
Rogábanles muchas veces,
que olvidasen la divina
ley de nuestro Redentor,
y que al punto les darian
libertad en sus prisiones
y descanso en sus fatigas;
pero no lo consiguieron,
que la bondad infinita
por los ruegos de su Madre
piadoso las asistia.
Y el caso fue, que el tal moro,
que Albayalde se apellida,
tuvo antes en su casa
una cristiana cautiva,
que murió de sobreparto
en aquella esclavonia;
dexó un niño, y se crió
con tan alta gallardia,
que el tal moro lo estimaba,
como à su persona misma.
Era noble en sus acciones,
de buen ayre y bizarría,
y sobre todo la sangre
cristiana que le asistia.
Este tal se enamoró
de la bella Catalina,
tan amante que por ella
los alientos se bebía.
Y una tarde entre otras muchas
que estaba sola, afligida,
ocupada en su trabajo,
con una cadena asida,
llegó el bizarro mancebo,
de amor el alma vestida,
y el cuerpo de una marlotá,
que à los ojos se venia,
di-

diciendole de esta suerte:
por qué lloras, alma mia?
no derrames de esos soles
tan preciosas margaritas,
que me penetran el alma
y el corazón me lastiman!
Cesen ya tantos suspiros,
de esa boca cristalina,
cuando tienes à tus plantas
un esclavo que te sirva.
Sabe que mi voluntad
à ser cristiano me inclina,
porque la sangre que tengo
es de cristiana nacida,
que me acuerdo siendo niño,
que amoroso me decía
un cautivo, que mis padres
eran de la Andalucía
cristianos, y que murieron
por Dios y Santa María,
y yo deseo buscar
para el alma medicina,
y sacarte à tí tambien
de esta tierra descreída,
porque la secura en que vivo
la tengo ya aborrecida.
Dame la mano de esposa,
que en fé de quien soy, me obliga
mi voluntad à pagarte
con el alma y con la vida.
Respondió la dama entonces
discretamente entendida:
señor, si en esas palabras
no encierra alguna malicia,
hagase, pues que yo soy
la que gano tanta dicha;
mas si llevais otro intento,
antes muerta que vencida.
Entonces sacó del pecho
una joya peregrina

de oro, con seis diamantes
y otras piedras guarnecida,
y le dixo: toma y guarda
esta prenda, porque sirva
en tu abono de testigo,
cuando la ocasion lo pida.
A cuyo tiempo la madre
baxaba despavorida
al patio, y quedó admirada,
viendo al moro con su hija.
Llamaronla, y en secreto
la verdad le comunican,
con que los tres muy gozosos,
llorando se despedían.
Quiso Dios y la fortuna,
que el amo se fue aquel día
con otros à divertirse
à una amena casería,
entretanto pudo el mozo
lograr lo que pretendia,
que fue hablar con diez cautivos
entre los cuales avia
un prudente sacerdote
de grande sabiduría,
y à todos su buen intento
afable les participa.
Y à las once de la noche,
cuando la gente dormía,
salieron de la ciudad,
caminando à la marina,
hasta llegar donde estaba
la embarcacion prevenida;
todos se metieron dentro,
y cuando el alva reía,
se hallaron bien desviados
del país de barbaria.
Y el moro dixo: señores,
entre tanta bizzarria
de cristianos no es razon
yaya un moro en compañía;

y volviendo al sacerdote,
amoroso le decia:

el agua, señor, el agua
del bautismo necesita
un alma, para que quede
de todo pecado limpia.

Y viendo tan gran portentoso,
al instante lo bautizan,
y le pusieron por nombre
Juan Angel, siendo madrina
la señora, y por padrino
un cautivo de Sevilla.

Mas como Dios sus secretos
à nadie los comunica,
permitió se rebentáse
un fusil, y las astillas
à Juan Angel por el pecho
le dieron, con que le privan
del aliento, y se quedó
sin esperanzas de vida.

Cayó mortal en el suelo,
y con la voz dolorida
llamaba à su dulce esposa,
y ella todà convertida
en agua, le da los brazos,
y el parroco à toda prisa

les echó las bendiciones,
y despues de concluidas
espiró, dando señales
que su alma se subia
à gozar del Uno y Trino
en la eterna gerarquia.

Aquí fueron los lamentos,
con que la dama vertia
raudales, viendo su suerte
en tan breve fenecida.

Prosiguieron su viage,
sía saber à donde iban:
mas la Reyna de los cielos
los encaminò à la Isla
de Mallorca, y de este caso
toda la gente se admira.

A Juan Angel enterraron
con una pompa lucida,
y los demás à su tierra
con gran gozo se encaminan.

El Romance en este estado
dexó, para dar noticia
en la otra parte segunda,
de la miserable vida
que pasó Don Juan, y cómo
fue su rescate y venida.

F I N.





SEGUNDA PARTE.

En la cual se da fin al cautiverio, trabajos que padeció el noble Don Juan, y del modo admirable que fue su rescate: tambien se refiere, que estando su esposa para casarse con otro, llegó la noche de las bodas à su casa, por permission divina; y lo demás que verá el curioso.

Ya habrá leído el curioso en el Romance primero, como fue de madre é hija el rescate y cautiverio; volvamos ahora à Don Juan, que con grande desconsuelo estaba, por no saber de su esposa en tanto tiempo, ni de su hija, por quien le pedia à Dios eterno, que su amor las conservase en el sagrado evangelio; y siempre que se acordaba de las dos, regaba el pecho

con lágrimas que vertía de dolor y sentimiento. De noche majaba esparto, amarrado à un duro leño, sin tener para su alivio mas cama que el duro suelo. Cuatro años y mas sirvió con un moro tan soberbio, que palabras injuriosas era el mejor tratamiento. Vendiólo despues à otro, cuyo ejercicio era arriero, con que de mal en peor iba el pobre caballero.



Estuvo cuarenta meses
à la inclemencia del tiempo,
descalzo y medio desnudo,
con una cadena al cuello.
Andaba por los caminos
al sol, al ayre y al hielo,
sin lograr para comer
una hora de sosiego.
Murió el tal, y se quedó
en poder de un mesonero,
que si malo fue el segundo,
mucho mas era el tercero.
Tanta fue la crueldad
de este lobo carnicero,
que lo puso en una noria
à tirar como un jumento.
Y tal vez por su placer
ordenaba el desatento,
que en las plantas de los pies
con una vara de fresno
le dieran noventa palos
y otros tantos en el cuerpo,
Y el pobre todo por Dios
lo llevaba placentero,
invocando de la Virgen
el auxilio verdadero.
En esta orasion pasaba
de gran linage y dinero
un turco, y se lo compró
por disposición del cielo.
Aqui fue donde Don Juan
logró todo su consuelo,
por los ruegos de la Virgen,
como lo verá el discreto.
Y fue que el turco le dió
dentro en su casa el gobierno
de mayordomo, y cumplia
con afable entendimiento.
Pero nada le placia
à Don Juan, porque el recuerdo

de su esposa y de la hija
lo traían casi muerto.
Y una hermana de su amo,
viendole tan macilento,
lo llamó una tarde à solas,
y le dijo con secreto:
ven acá, noble cristiano,
qué tienes? porque te veo
triste y lleno de pesares;
dímelo, que yo prometo
à fé de quien soy, de darte
en cuanto pueda remedio.
Respondióle enternecido:
señora, yo lo agradezco
en el alma el beneficio,
que me haceis sin merecerlo.
Sabed que mi escasa suerte
fue, que cuando me cogieron
traía en mi compañía
(ay de mí, qué ya no puedo
referirlo, que el dolor
me turba todo el aliento!)
à mi esposa y una hija,
que era de hermosura centro.
Vendieronlas en Argel,
y no se donde se fueron.
Esta es, señora, la pena,
este es el grave tormento,
que me ha de quitar cruel
esta vida que poseo.
Enterneciósese la turca
de ver que lloraba tierno;
y cariñosa le dixo:
esperate, que ya vuelvo;
y con grande bizarría
le sacó (caso estupendo!)
cien doblas, y se las dió,
de esta manera diciendo:
toma, cristiano, y dirás
à tu señor en viniendo,
que

que de tu tierra te envían
esta porción de dinero
para el rescate, y yo misma
lo afirmaré por mas cierto,
y en logrando libertad,
te podrás ir por el reyno,
que puede ser que se logre
lo que aspiran tus deseos.
Hizolo, y el turco afable
le respondió, mucho siento
que te vayas de mi casa;
pero si tú gustas de ello,
coma licencia, y Alá
te lleve à seguro puerto.
Despidióse finalmente
con alegría y contento
de su amo y de la turca;
y ella se quitó del cuello
una hermosa gargantilla,
que valdria hasta mil pesos,
y le dixo: toma y guarda,
buen cristiano, allá en tu pecho
esta prenda, y cuando halles,
que así lo permira el cielo,
à tu esposa, le dirás
que reciba el buen afecto.
Salió de Constantinopla,
muchas provincias corriendo,
sin poder hallar noticia
de lo que buscaba, y luego
llegó à Argel para embarcarse,
aquí la hoja doblamos,
y vamos à Tarragona,
para ver lo que hay de nuevo.
En esta ocasion hablaba
un principal caballero
à la noble Beatriz,
enamorado y resuelto
para casarse, mas ella
le respondió: no me atrevo,

por no saber si Don Juan
será vivo ò será muerto.
Mas el maldito Luzbél,
que es autor de los enredos,
ordenó con sus astucias,
se aviváran los incendios;
y fue el caso, que tomó
aquel tizon del infierno
la apariencia de un cautivo,
galan y muy bien dispuesto,
y en casa de la señora
llegó, haciendo el cumplimento;
y despues de saludarla,
le dixo: señora, vengo
de la gran Constantinopla,
y me pesa à fe el traer
una nueva, que con ella
tendreis mucho desconsuelo.
Ya Don Juan está difunto,
que estando los dos sirviendo
en una casa murió:
el cual antes de haber muerto
me dijo, como tenia
noticia por un sugeto,
de que vos y vuestra hija
habiais logrado el premio
de la libertad, y estaba
muy gozoso por saberlo.
Era un hombre de estas señas,
y así bien podeis creerlo;
yo me voy, porque me aguarda
allá fuera un compañero.
Despidióse, y la señora,
hecha un mar de sentimiento,
à sus parientes les dixo
todo el caso por extenso.
Pasaronse algunos dias
del referido suceso,
y con gusto de ambas partes
se dispuso el casamiento.

Cuan-

Cuando Don Juan en Gerona
se desembarcó, cogiendo
el camino de su patria,
pero con gran desconsuelo,
juzgando que sus dos prendas
quedaban en camiverio,
y la noche de las bodas,
que así lo permitió el cielo,
entró en su tierra, y quedó
muy admirado y suspense,
en ver que estaba su casa
hecha toda un mongibelo
de luces, y que tocaban
sonoros instrumentos.
Entró como otros hacian,
y apenas estuvo dentro,
vido tanta bizzarria
de damas y caballeros,
roda la sala colgada
de tafetanes, y luego
le preguntó à una criada
de aquella causa el misterio;
respondió: porque se casa
con Don Carlos Borroméo
mi señora la mayor,
y por eso es todo esto.
El disimuló hasta ver
de este lance el fin pestrero,
y despues que ya los bayles
y musicas fenecieron,
y todos con besamanos
se iban como despidiendo,
arrimóse donde estaba
la novia, y reconociendo
que era su esposa, le dixo
con un semblante risueño:
hermosa Doña Beatriz,
por ventura yo soy muerto,
para que os caseis con otro?

F I N.

y supongo fuera eso,
el fino amor que mostrabais
ha llegado à tal estremo?
Considere aqui el curioso,
que à decirlo no me atrevo,
cual quedó toda la gente,
à vista de este suceso.
La novia quedó sin habla,
Don Carlos quedó suspense,
unos mirandose à otros,
hasta que ya conocieron
ser Don Juan, y con abrazos
alegres le recibieron,
Fue tan grande la alegria
de la ciudad, que vinieron
à visitarle gustosos
todos cuantos lo supieron.
Y Don Carlos à otro dia
dispuso con buen acuerdo
dar de limosna su hacienda;
y en el sagrado convento
del patriarca Domingo
tomó el abito profeso;
y la hermosa Catalina
se metió en un monasterio,
donde vive muy gustosa,
siendo de virtud egemplo;
con que Don Juan y su esposa,
dando mil gracias al cielo,
viven en paz y quietud,
como siempre así lo hicieron.
Estas son las maravillas,
aquestos son los portentos
que obra Dios nuestro Señor
por la Reyna de los cielos
y el ángel de nuestra Guarda,
à quien todos supliquemos,
que nos alcancen de Dios
la quietud en estos reynos.

Valencia, por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolseria, año 1822.

